

La Palma.

SEMANARIO DE HISTORIA Y LITERATURA.

DOMINGO 7 DE MARZO DE 1841.

DE LAS

Comunidades en Mallorca.

1522 — 1523.

ARTÍCULO V.

Será molt gran novella
 Qu'un jorn obrint per força
 Lo rosí blanch sens torse
 Ferá l'entrada.
 La ciutat recobrada
 Será en la gabra alta,
 Lo colom per sa falta
 Perdrá ses alas.

Profecía de Bernardo de Mogoda.

Entretanto en la península todas las cosas habian vuelto á su sosiego; las ciudades agotadas en inútiles esfuerzos se tendian de nuevo sin aliento, mas ansiosas de paz que de libertad; y no se oia otro rumor guerrero que el de las tropas que ocupaban las poblaciones mas importantes ó mas obstinadas. No quedaba ya uno de los soldados de Padilla y de Acuña; habíanse dispersado las feroces cuadrillas de menestrales valencianos que buscaban á los nobles hasta dentro de sus castillos; y si algo quedaba de la pasada turbulencia, desapareció con la presencia del rey Carlos I ceñido ya con la corona del imperio, como el sol que disipa con su calor los nebulosos restos de las tempestades de la noche. Sin embargo nunca como despues de la tempestad recobra el cielo su azul y brillantez: pero las revoluciones, tempestades de los estados, jamas pasan sin dejar un rastro de sangre en el suelo y otro de hiel en los corazones, porque en el hombre nada hay tan ins-

tantáneo y fugitivo como en la naturaleza, y sus crímenes como sus virtudes participan de la inmortalidad del alma que los produce.

El estrépito que en aquel tiempo llegaba al continente de la otra parte de las olas apenas era percibido sino por los nobles emigrados mallorquines á quienes anunciaba la destruccion de sus bienes ó de su familia, y cuyas miradas igualmente dolorosas se cruzaban con las de los defensores de Alcudia que imploraban socorro. Para alcanzarlo del monarca, Miguel Sureda Anglada habia ántes penetrado hasta Bruselas; y cincuenta de los refugiados en Valencia autorizaron á un ciudadano, para que vendiese y aun malbaratase, si importaba, sus propiedades, con el fin de aprestar una armada, llegados ya á aquel trance desesperado en que las riquezas se abandonan por la salvacion, y en que se esclama como el Ricardo III de Shakespeare: mi reino doy por un caballo." Pero fué preciso pacificar el continente, y extinguir en él la menor centella de rebelion, ántes de atajar el incendio que abrasaba á Mallorca, que por lejano y aislado no inspiraba tantos temores al gobierno. Dióse por fin á la vela una armada desde las costas de Cataluña, y aportando á Iviza, isla donde la revolucion habia ido arrojando en su flujo todos sus estorbos y enemigos, reuniéronse con el desterrado virey, Pedro Juan Forteza, Miguel Sureda y otros animosos ciudadanos, junto con el capitan D. Francisco Carroz caballero valenciano, y el general de la armada D. Juan de Velasco que habia derramado ya su sangre en la reduccion de las Co-

munidades y debia morir mas tarde de sus gloriosas heridas; y en aquel congreso de magistrados y soldados acordáronse las medidas para la pacificacion de Mallorca; firmóse allí la union de la fuerza con la autoridad. Era el refuerzo de 1200 soldados, la armada de cuatro galeras y trece navíos; vista con terror por los rebeldes el dia 13 de octubre de 1522 desde los muros de la ciudad, y saludada por los de Alcudia con gritos de victoria, cuando perdida la esperanza de postrar al enemigo con el solo amago, entró velas desplegadas en el puerto menor de Pollensa.

Aquel dia fué el último del sitio. De aquellas numerosas é indisciplinadas gavillas, unas se acogieron á la bandera blanca que tremolaba ante todos el Virey, otros se retiraron á defenderse ú ocultarse en sus casas, otros se encerraron en Pollensa, pasando de sitiadores á sitiados, y mostrauo en esta posicion, mas que en aquella, valor y desesperacion estremada. Sus flechas estaban bañadas en veneno como sus corazones, su defensa fué palmo á palmo, su fin entre las voraces llamas en que ardió la iglesia que les dió último asilo, y que sofocaron á mas de 200 personas de todo sexo y condicion. El suplicio de los prisioneros y la derrota de un nuevo refuerzo de sediciosos completaron la jornada. Al dia siguiente entró el ejército en la Puebla donde solo se encontraron tres hombres; los demas estaban todos en uno ó en otro bando con las armas en la mano, funesta imágen de la guerra civil en que no hay pueblos, no hay nacion, sino que dividida la sociedad como en dos razas esterminadoras parece vuelta al estado de barbarie. En Muro se hospedaba la terrible peste, los campos se veian desiertos y asolados.... fúnebre era el camino de la marcha triunfal!

A la mañana del 6 de noviembre se descubrieron á lo lejos algunas guerrillas que, engrosándose y reuniéndose entre sí, bajaron con Juan Odon Colom por primera vez á su frente, á presentar batalla al ejército, sin escuchar palabra de conciliacion. Pocas horas despues de aquella formidable multitud nada restaba sino mil cadáveres tendidos en el campo: los

prisioneros, solo sirvieron para señalar, horribilmente colgados de los árboles, el camino de los pacificadores hasta Inca; por lo demas no habia en cada pueblo sino *Te-Deum*, alegría de *real orden*, felicitaciones y protestas de fidelidad de los síndicos que del monte ó del llano acudian ante el Virey. Y luego al otro dia, retirado el ejército, entraban las gavillas de los comuneros, las autoridades pagaban su celo prematuro, los pueblos eran pasados á sangre y fuego; tal sucedió en Sineu, en Binisalem, en Inca cuya guarnicion de fieles fué degollada por una columna espedicionaria de la ciudad. Acudió el Virey desde la parte oriental de la isla que sosegaba, precipitóse sobre los rebeldes, y no hubo ya batalla sino mortandad; quinientos perecieron en el campo, cuarenta ahorcados en la plaza de Inca, setenta hechos cuartos en Binisalem. La justicia y la rebelion aparecian entónces igualmente sobre un trono de cadáveres, manchadas en sangre sus vestiduras: era preciso buscar sus títulos y origen para distinguir las entre sí.

Por fin el ejército acampó en la llanura del monasterio del Real, y los nobles emigrados pudieron echar sobre la ciudad hostil y cerrada la mirada de reconvencion que se dirige á una infiel amante que ha prevaricado en la ausencia. Dominados por el vértigo sus habitantes, ora pretendian entregarse al rey de Francia para asegurar la impunidad; ora buscaban para la muerte al Ilmo. F. Pedro Pont, para buscarle despues por conseguir su mediacion; y entretanto los gefes plebeyos, segun aparece de las enormes sumas tomadas del erario en aquella época, se ocupaban en salvar algo del naufragio comun. Tres meses permanecieron inmóviles las tropas respetando la belleza de la ciudad, ó la desesperacion de los sitiados, hasta que estos desconfiando de auxilio y amagados con un asalto, abrieron las puertas al Virey con la seguridad de una amni:ía durante la decision de S. M.

El 7 de marzo de 1523 (hoy cumplen 318 años) entró el Virey á caballo, seguido de las autoridades y de la nobleza, en cuyo séquito triunfal se traslucia el horror del que vuelve á

su patria apestada, así como las ruidosas aclamaciones de la muchedumbre cubrían los temores que cada cual abrigaba según su culpabilidad; y al mismo tiempo salían por otra puerta los cuatro gefes principales de la rebelion para dar cuenta de sí mismos ante el monarca. Fortificáronse los mas importantes puestos de la ciudad, colmóse como se pudo con los bienes y cabezas de los rebeldes el gran abismo por ellos abierto; compensáronse las pérdidas con honores; y Alcudia cubrió sus daños de mas de 200 libras con el nombre de Ciudad fidelísima y con la fama de su heroismo, y Gurrea se consoló de su destierro con las llaves de oro presentadas por los Jurados al Monarca que las remitió á su leal virey.

Entónces al tumulto de los asesinatos sucedió la calma de los suplicios; porque tal es la serie de la historia, y la convalencia de las sociedades no es menos cruel que su enfermedad. Llegaron de la corte los cuatro comuneros portadores de su misma sentencia, y el 5 de junio apareció sobre un carro Juan Odon Colom horriblemente atanaceado, y su cabeza, que cayó en la Puerta Pintada bajo el cuchillo del verdugo, permaneció allí fija hasta 1820 en que pasó sin duda á ser venerada en algunas catacumbas, porque no hay crimen ó idea que no tenga sus mártires, ni mártires que no tengan sus devotos. Encargóse el cielo de completar la venganza con terrible y asoladora peste; y cierto que en ninguna historia como en la de Mallorca se vé la providencial ilacion de desórdenes y de azotes. En 1348 siguió el contagio al cobarde abandono con que desertó la isla de su último rey; en 1523 vino á cerrar los furiosos de los plebeyos; en 1652 se dejó caer sobre los bulliciosos caballeros, que á tantos escesos se arrastraron en las discordias de *Canamunt* y *Canavall*.

Así terminaron despues de 25 meses las comunidades de Mallorca, que son á las del continente lo que una sedicion á una batalla, y un asesinato á un duelo. Mas bárbaras que las de Valencia porque encontraron menor oposicion, ménos nobles que las de Castilla con quienes ni en tiempo ni en origen convi-

nieron, pues unas espiraban en Villalar mientras nacia las otras, unas eran defensa del poder feudal y de las libertades municipales, las otras eran un rapto solamente de violenta democracia. Todo volvió á su ser anterior; solo un monton de cabezars de víctimas y de ajusticiados, mezcladas con las ruinas de casas violentamente allanadas ó legalmente demolidas, y con los despojos fruto del saqueo ó de la confiscacion, á la luz de las llamas que consumian los campos y los pueblos, solo este monumento dejó en su paso la revolucion.

J. M. Q.

RUINAS.

Dó con soberbia altura
Un templo daba sombra
Se estiende una llanura
Que el alma triste asombra,
Yerma, montuosa y árida,
Marcha de la ciudad.

No le hirió temeraria
Del tiempo la guardaña:
El hacha mercenaria
Le acribilló en su saña,
Ni aun dejó á su víctima
De ruinas magestad.

Ni hay truncadas columnas;
Ni en ellas crece yedra;
Ni al suelo yacen unas,
Cadáveres de piedra;
Ni en otras aun la bóveda
Sublime al aire está.

Solo hay polvo, y vacío,
Y escombros blanqueados;
Campo de huesos frio,
O llanos asolados
De donde ayer los vándalos
Su tienda alzaron ya.

Diriais que á otro suelo
Su mole han trasladado;
Tal en súbito duelo
Al hijo en flor robado

Sus padres aun incrédulos

Buscan en otro hogar.

Sus torres entre ciento

La vista desde léjos

Aun busca: y en el viento,

De noche á los reflejos,

De cinco siglos vésele

Su sombra proyectar.

Ah! cinco siglos...! y ella

Para tan corta vida

Debió nacer tan bella...!

Desde su cumbre erguida

La vista del artífice

Mas siglos abarcó.

Ni tanto ilustre muerto

Gozar tan breve sueño

En su mausóleo yerto,

Ni al mando de tal dueño,

Confuso entre cadáveres,

Nunca emigrar pensó.

Cuando en la noche fria

Los huesos de su abuelo

Cada cual escogia,

Llevados á otro suelo,

Como deidades prófugas

Del espirante Ilion:

Llenaba el aire hueco

El carro que rechina,

Y del martillo el eco,

Y la voz de ruina

Tan lenta, ufana y plácida

Cual voz de creacion.

Y estatuas y relieves

Eran dó quier alfombra;

O de los arcos leves

Ardiendo entre la sombra,

Para la turba cómplice

Luz daban y calor.

Ah! cada noche entónces

Un trueno cruél retumba

Igual al de cien bronce,

Y un arco se derrumba,

Y un ay! al largo estrépito

Responde en derredor.

Oh! no lloreis los timbres,

Los arcos gigantescos

Sostenidos por mimbres,

Los ricos arabescos,

Y la techumbre gótica

Del que portento fué.

Hermoso cuerpo y fuerte

Fué aqúeste de una idea;

No por un cuerpo inerte,

Por ella el llanto sea:

Cadáver sin espíritu,

Cae el templo sin fé.

¿Queriais se guardara

Para teatro ó foro,

Y ora en clamor sonara,

Ora en profano coro;

Y la manchada victima

Salvar en su disfraz?

Que hollaran los viajeros

Cual ruina, el suelo sacro,

Para ostentarles fieros

En vano simulacro

Las glorias en su féetro

De un siglo harto fugaz?

Nó: bien está en el suelo

Con su decoro hundido...

No os turbe humano duelo;

Y cual de un Rey caído;

La casa del Altísimo

Destruíd, sembrad de sal.

Y allí cual brota y medra

Ved el oprobio impuro;

Y si construís, cual yedra,

Creciendo asido al muro,

Vuestras mezquinas fábricas

Dominará inmortal.

Ah! si la fé su losa,

Si Dios sus brazos abre,

Habrà en edad gloriosa

Otro suelo, otro FABRE,

Otra recién basilica

Cual ella en magestad;

Y preces á himnos fieles

Que entre sus muros suenen,

Trofeos y laureles

Que sus sepulcros llenen;

Mitad guardada al héroe,

Al santo otra mitad.

Su cuna un siglo llena,

Cinco llenó su gloria,

Su muerte un año apéna,

Y miles su memoria

Que eterna nuestro vértigo

Cual sombra acusará.

En vano busca un nombre

Que condenar la historia,

No halla siquiera un hombre

Que cargue con tal gloria,

Y solo en piedra fúnebre

La época grabará.

Infante de Mallorca.

1565.

Quien hubiese visto á mediados del siglo XIV una torre de siniestro aspecto engarzada con el palacio menor de Barcelona por medio de una antigua galería, tal vez hubiera experimentado una sensación desagradable que no le dejaría reposar en ella sus miradas. Mas, si venido de la curiosidad, observase el grueso de sus muros al través de su única ventana, guarnecida de espesas verjas á fuer de pestañas en el ojo de un cíclope, y su robusta puerta de encina claveteada de b' once con el doble candado que de ella colgaba, fácilmente adivinara el fin para que servía. En la época á que nos referimos, no lejos de esta puerta había además, casi á la altura de un hombre, una ventanilla ojiva, cruzada por dos barras de hierro, que daba en la galería donde algunos almogavares desparramados eran seguro indicio de que la torre estaba ocupada. Mas ¿quién era su huésped? Conociase desde luego únicamente que pertenecía á una clase muy elevada: aquella torre era á una cárcel lo que un mausoleo á una tumba. Pero podía dudarse muy bien si aquellas bóvedas absorbían las quejas de la ambición impotente ó las reclamaciones de la justicia ultrajada, si allí se sacrificaban las temerarias exigencias de algun revoltoso baron, ó los lejitimos derechos de algun desgraciado príncipe. La víctima estaba cubierta con el velo del misterio, y pasaban años y mas años sin alzar siquiera la punta del cendal.

Un jóven de hermoso semblante, magestuosa estatura y gallardo continente respiraba en aquel encierro un aire que agostaba la flor de sus dias. El sello de tristeza grabado en sus nobles y bien contorneadas facciones aparecia más

profundo al paso que se encarnaba en su corazón la pesadumbre que le roía. Catorce años transcurrieron desde que se le trasladó de un campo de batalla á un pobre lecho, de aquí al fuerte castillo de Jativa, y otro suceso no le habia acontecido mas que el variar de prision.

Quando el sol desaparece y en lo postrero del horizonte se estinguen las últimas huellas de su luz, el tinte blanquecino que cubre el azul de los cielos, las pausadas ondulaciones de la brisa como cansada ya de respirar, el silencio de la naturaleza soñolienta, interrumpido levemente por el monótono rumor de lejanas olas, convidan al triste á saborear el sentimiento de sus penas. En aquella hora taciturna y descolorida, ideas tambien sin color, vagas é indefinidas ruedan lentamente en la fantasía, y se reúnen en melancólico grupo, recuerdos confusos de lo pasado y oscuros presentimientos de un amargo porvenir. Apoyada su frente en los hierros de la ventana, tendida sobre la espalda su lacia cabellera, clavada en el horizonte su lánguida mirada sin distraerse con el ameno paisaje que ante ella se desplegaba, recorria el desgraciado jóven la tristísima hilera de sus dias, y al verlos todos uniformes, todos igualmente sombríos y desconsoladores, envueltos los de mas cerca en la obscuridad del calabozo, perdidos los de su infancia en la obscuridad del olvido, sentia desfallecer sus fuerzas y dejábase caer en aquella especie de postracion y anonadamiento que seca el llanto en los ojos y ahoga los suspiros en el corazón.

En aquella soledad y aislamiento era muy importante la única compañía de sus recuerdos. Todos se le presentaban con una fisonomía tan ruda como la de sus guardadores: uno empero se alzaba puro y hermoso, y á él se asia como un naufrago á una tabla que no puede salvarle. Su memoria traspasaba de un salto un período de catorce años y el ancho espacio que ocupa un brazo del Mediterráneo. Transferíase á otra region, á una casa de campo donde fué acogido después de sangrienta y desastrosa batalla, y recordaba con un sentimiento de gratitud, la ternura, la afectuosidad y el esmero con que le fueron curadas sus heridas. Una hermosísi-

ma doncella, que reunia los atractivos mas hechizeros de la juventud á su candor de niña, velaba á la cabecera de su lecho, cual pudiera hacerlo con el hermano mas querido. El no sabia si aquella esvelta criatura compartia los cuidados de su existencia con su ángel custodio; ó si era este que le habia aparecido bajo tan risueñas formas. Pero cuando sus enemigos le arrancaron de aquella estancia para hundirle en un calabozo, vió dos hilos de transparentes lágrimas que corrian por sus mejillas, y estas lágrimas despertaron en su pecho un sentimiento profundo que participaba á la vez de amor, de agradecimiento y de adoracion. La escarcha del infortunio que habia ajado todas las flores de su corazon, respetó esta quizá porque era la mas hermosa, ó porque equivalia á un jardin. La mano que todo se lo habia destruido era impotente para borrar este recuerdo, y el infeliz jóven parecia desafiar á la suerte cuando se sumergia en la contemplacion del objeto real ó fantástico de sus amores. Complaciase en darla un nombre sonoro que regalase sus oidos, inclinaba su cabeza como para mirarla dentro de su pecho, enviábala un suspiro cual si aguardase respuesta, y soñaba á veces una diadema solo para que sirviese de adorno á la ondulosa cabellera de su amada.

De repente hirió sus oidos en medio de una sonora carcajada el nombre de Mallorca. La explosion de un trueno no le hubiera sacado con mas prontitud de su delicioso arrobamiento. Habia cerrado ya la noche, y al volver la cabeza advirtió en su negra estancia, un gran resplandor que parecia dibujar con gigantescas proporciones el escudo de oro de un cruzado. Al pié de la ventanilla los almogavares habian encendido una hoguera, y calentándose dos de ellos platicaban amistosamente. Sin duda alguna habian pronunciado aquella palabra que le atraia como un conjuro, y acercóse luego y reprimiendo su aliento escuchaba con la mayor atencion.

— No hay que reirse, Fortun; en Mallorca estuve y el buen suceso de aquella jornada se debió á mi valor, ó si quieres á mi sangre fria.

— Como que para dispersar aquella bandada

de cuervos se necesitase la persona de Jimeno! No dijera mas el mismo Riambao de Corbera — No eran todo cuervos. Aguilas reales habia tambien en la bandada, y agradézcase á Jimeno el que no hayan echado á volar otra vez por esos aires de Dios.

— Es decir que las desplumaste.

— O que las torcí el cuello.

— Santa María de Valverde! Con que tú fuiste?... Pero no es posible. Tu casco por las mellas y remiendos se parece á una sartén vieja, y ni siquiera te lo han adornado con una pluma, aunque hubiese algunas de sobra en el rabo de un gallo.

— En efecto, respondió Jimeno, quitándose el casco y mirándolo con cierto aire de gravedad y sentimiento. Tan mondo está como la capucha de un fraile! y á fé que no sentaria mal una cimera en el yelmo de quien asegura una corona. Pero esto se tiene uno de servir á buenos.

— Hombre, tu lengua no perdona á los Reyes.

— Ni mi espada tampoco.

— Pobre príncipe! me dá lástima su menguada suerte.

— ¿Y por qué no habia de morir como soldado quien peleaba como un soldado? Cuerpo de Dios. Crees tú que sus golpes de maza eran descargados por algunas manos de alfeñique? Valgame el ser mas listo que un gamo. Por poco no me coge con uno de ellos y me hacia saltar los sesos por las orejas. Pero D. Jaime no tenia ya mas que tres caballeros á su lado y un bote de lanza le derribó del caballo sin sentidos. Entonces dije para mí: este Rey se ha encasquetado tan fuertemente la corona, que para arrancársela de cuajo es preciso cortarle la cabeza: y lo hice.

— Padre mio! padre mio!

Al mismo tiempo que resonaron estos gritos, reuniendo en un sonido los acentos del horror y de la piedad, de la indignacion mas violenta y de la amargura mas profunda, salió por la ventanilla una mano cuyos dedos enredándose en los cabellos del almogavar semejaban las garras de un leon hambriento asidas á una presa fuera de su jaula. La rogiza luz de la hoguera

daba una expresión terrible á aquel semblante en que se hundían los hierros de la reja; á aquellos labios que sin cesar repetían: asesino! asesino! á aquel nervudo brazo que con vigorosos esfuerzos pretendía quebrantar en las piedras de la torre la cabeza de su enemigo.

Fortun hubiera terminado prontamente esta escena: iba á descargar su azcona sobre aquella mano, pero al mismo tiempo oyóse el ruido de llaves y de pasos en la galería, viéronse acercarse dos personas, y otro de los almogávares exclamó: el Rey.

Acompañábale el alcaide Nicolás Rovira cuya dureza de corazón estaba en armonía con la aspereza de sus facciones. El Infante de Mallorca soltó su presa para no ver dos semblantes que le horrorizaban mas que el del asesino de su padre. El Rey D. Pedro le arrebatara una corona que había columbrado suspendida sobre su cuna, el alcaide hasta la esperanza de recobrarla. Aquel hombre parecía el ojo del usurpador clavado siempre en su víctima que velaba incansable sobre ella y espiaba hasta sus menores movimientos. Venís á complaceros en mis padecimientos? les dijo al verlos entrar en su prision. Sobrado triste es mi vida en la soledad, no la amargueis mas con vuestra presencia.

— Sobrino, le dijo el Rey con suave acento, como si aquella palabra no diese un colorido mas negro á su violento proceder.

— ¿Y aún osais recordar unos vínculos que con sacrilega mano habeis roto? Sobrino llamais al que teneis arrojado aquí como el mas vil esclavo, como el mas facineroso de vuestro reino? La tiranía que usais conmigo revela cuan atroz fué la injusticia que ejercisteis contra mi padre, y ¿os atreveriais á llamarle hermano?

— Tu padre cuando reconoció sus yerros, encontró mis brazos abiertos para recibirle, y mis labios no pronunciaron sino palabras de misericordia.

— Pusisteis un poco de miel en el borde del vaso para que lo arrimase á su boca y sorbiese toda la hiel de que estaba lleno. Qué yerros habia cometido? Pretendeis vos que un hijo crea en las calumnias que se forjan para empa-

ñar la memoria de su padre? Le rodeasteis con unos muros que se estrechaban cada dia mas, le atraiais como una serpiente que fascina á una avecilla, le llamabais á vuestros brazos de hierro para estrujarle entre ellos. Oh! vos sois cruel y astuto. Le cercasteis de lanzas y de traidores, y escribísteis ya su condenacion en el rostro ledo y cariñoso con que le recibiais. Por qué no rechazarle como á enemigo, si enemigo era vuestro; ó acaso os halagaba mas verle humillado que vencido? Aquel momento de debilidad en que confió su suerte al hermano de su esposa, le acarreó tamañas desdichas. Seguramente ahora pisaria el reino que el cielo le habia dado, tal vez ahora os amedrentaria desde su trono.

— Infante, tú deliras con ese trono. Nuestro abuelo el Conquistador no debia tener mas que un heredero, y este soy yo. La imprevision de tu padre remedió la de aquel sabio monarca: despues de haber quebrantado los pactos de la infeudacion era inútil su arrepentimiento...

— Arrepentimiento! de qué? De haber sostenido sus derechos? Y no os arrepentis vos de una agresion alevosa? No os arrepentis de haber consumado la obra de la usurpacion?

— Él habia corrido ciegamente al precipicio; si perdió en él su corona la culpa fué suya. Al ménos habia salvado su vida, y yo le restituí todo mi amor de hermano. Lo demas era imposible. La felicidad de un pueblo inmenso, el esplendor de la diadema de Aragon, el engrandecimiento de la cristiandad, la prosperidad misma de los mallorquines me lo impedia. Antes que el hombre es el Rey.

— Decid mas bien la ambicion. Ella tiene mas voz que la sangre.

— Crees tú que he venido aquí, para escuchar reconvenciones y aun injurias? dijo el Rey, en cuyo entrecejo se percibia ya la irritacion de su pecho.

— Nó: habeis venido aquí para cerciorarme del afecto que profesábais á vuestro hermano, replicó el infante con un tono de sarcasmo y amargura. Queréis ver á su asesino?

— Sabe el cielo cuanto ha desgarrado mi corazón aquel desastre, pero murió como un va-

liente en el campo de batalla. Mis tropas no vieron su espalda como la de tantos advenedizos en quienes vanamente confiaba. Yo mandé que fuese depositado cual convenia al descendiente de cien reyes, yo lloré sobre su sepulcro, y...

— Mandasteis encerrar al hijo en una horrible prision.

— Basta, exclamó D. Pedro irritado. Sus dientes produjeron un leve ruido, y el mango del puñal que traia colgado en la pretina chocó con la hebilla de acero. Aun no hemos domesticado ese cachorro, dijo volviéndose á Rovira que permanecia mudo en aquel diálogo.

El hábito del sufrimiento habia gastado la energía de alma del infante de Mallorca D. Jaime IV, despues que hubo agotado hasta sus lágrimas en tan prolongado encierro. La momentánea exaltacion de sus ideas, producida por la plática de los almogávares y la imprevista llegada del causador de sus desdichas, prestó á su language una espresion vigorosa y atrevida, en tanto que D. Pedro manifestaba la calma de un mar alterado en lo profundo, y una mansedumbre que no le era natural. Aquellos dos actores habian trocado sus papeles: pero cuando el último parecia alzar el dique á su represada, cólera una penetrante mirada aterró á su interlocutor. La víctima recordó que estaba delante sus sacrificadores.

— Oh! yo no quiero mas que mi libertad. Lo que tiene el mas pobre de los que debian ser mis súbditos. Es tan horroroso pasar catorce años en tan estrecho sitio! ser tan jóven y no poder ver el mundo! sentirse lleno de vida y sofocarse con ese aire estancado!...

— Y qué uso harás de tu libertad?

— Correré á mi madre, la abrazaré, y... llorarémos juntos.

— Y despues?

— Oh!

— Mañana podrás obtenerla.

— Qué?... Qué decís? exclamó el infante como deslumbrado por el resplandor imprevisto de aquella idea de esperanza, que cruzó á manera de relámpago por la obscuridad de su alma.

— Mañana se reunirá en la catedral un gentío inmenso; acudirán todos los barones y preladados, los nobles y el pueblo, mis hijos y tu madre, pondrás la mano sobre los santos evangelios, recibirás la sacrosanta hóstia, y me prestarás pleito homenaje de fidelidad y sumision. Pedirás en alta voz al cielo que sobre tí descargue todos sus anatemas, que el infierno te persiga con todos sus furoros, que la tierra grave en tu frente la marca de traidor, si faltares á tus juramentos.

— Oh! nó, nunca.... nunca.

— Loco! pues que querias?

— Quería empuñar una lanza, despertar con mis gritos la lealtad....

— Insensato! aun conservas quiméricas esperanzas?

— Y morir en la demanda.

— La muerte? ella vendrá á buscarte.

— En esa torre no. Dejádme morir en el campo como honrado; no aquí como reo.

— Aquí te buscará.

— Venga aloménos pronto: la espero; dijo D. Jaime como probando á resignarse en su suerte.

— Nó: tardará, vendrá á pasos lentos, y en cada uno te doblará la agonía. Vámonos Nicolas, añadió con un tono decidido. Pues se ha negado á la proteccion de su Rey, queda otra vez á la vigilancia de su carcelero. Y ambos volvieron las espaldas.

— Tio! Tio! exclamó el desgraciado príncipe que se habia postrado de hinojos á los pies de su opresor, y le abrazaba las rodillas para detenerle. Pero D. Pedro le apartó de sí con un recio empujon; y el alcaide cerró la puerta dejando al infelice medio desvanecido en las tinieblas de la noche.

(Se continuará.)



PALMA DE MALLORCA.

Imprenta nacional á cargo de D. Juan Guasp.